

¿Por qué el asado sigue teniendo rostro de hombre? La respuesta está en la familia

- *Investigación aborda cómo las tradiciones alimentarias transmiten roles de género y por qué ciertas prácticas siguen asociándose principalmente a los hombres.*

“¿Un asaito?”, preguntan un actor y un periodista en un icónico comercial. Cada septiembre, la parrilla se vuelve protagonista de las celebraciones de Fiestas Patrias y, junto a ella, la figura masculina del parrillero. Pero ¿por qué el asado terminó asociado principalmente a los hombres?

Para Dra. Claudia Troncoso, académica de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de la Santísima Concepción (UCSC), la respuesta está en la forma en que culturalmente se han construido los roles en torno a la alimentación. “No es por capacidad, sino por construcción sociocultural de género”, explica.

La académica señala que el asado ocupa un lugar particular dentro de las prácticas alimentarias y sociales. “El asado es la excepción en la comensalidad; mientras la cocina diaria presenta un rol que se asocia a funciones realizadas por mujeres, el asado es un espacio masculinizado, un rol heredado por tradición que incluso es visto como ‘invadido’ si lo hace una mujer”, sostiene.

La asociación entre hombres y parrilla, entonces, no respondería a una habilidad particular para cocinar con fuego: “Es un estereotipo de género, no una habilidad natural particular de los hombres”.

La explicación también puede encontrarse en la manera en que

estos roles se aprenden dentro de las familias. La investigación “Traspaso intergeneracional de saberes alimentarios en personas mayores, rol de género en el relato de estudiantes universitarios”, desarrollada por la Dra. Troncoso junto al equipo de investigación “Colaboración en envejecimiento saludable” (COLABORA) de la UCSC, abordó cómo las experiencias de personas mayores influyen en los patrones alimentarios de los jóvenes.

El estudio, financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) a través del proyecto InES Género UCSC, identificó a las mujeres de la familia como las principales transmisoras de prácticas alimentarias.

“Se encontró que durante la niñez y la adolescencia, la influencia en la alimentación recae principalmente en las mujeres de la familia, especialmente madres y abuelas, quienes son reconocidas como las encargadas de mantener y transmitir las tradiciones culinarias”, sostiene la especialista.

La Dra. Troncoso explica que esta división de tareas y saberes, que tradicionalmente posiciona a la mujer como principal transmisora de la cultura alimentaria, se transmite desde edades tempranas. “Los roles de género en la alimentación se aprenden desde niños dentro del hogar. La familia es el principal agente de transmisión de estos saberes y prácticas, que se transmiten de una generación a otra”.

En la investigación se encontró que todos los participantes mencionaron a familiares mujeres como figuras que habían influido en sus actuales patrones alimentarios, con un papel especialmente relevante de madres y abuelas en la transmisión de técnicas culinarias y del patrimonio gastronómico familiar.

Es ahí donde la figura del parrillero vuelve a adquirir relevancia. Para la académica, no se trata solamente de quién sostiene las pinzas durante una celebración, sino de un símbolo que permite observar cómo se mantienen y también se

negocian los roles de género en torno a la alimentación.

“El parrillero es un símbolo cultural que evidencia cómo la alimentación reproduce y negocia roles de género”, plantea la investigadora. Desde esta perspectiva, la escena de un hombre frente a la parrilla concentra una tradición que se ha mantenido en el tiempo, incluso en un contexto donde existe mayor cuestionamiento de la distribución de estas funciones.

El equipo investigador identificó allí tres elementos: “la perpetuación de una estructura en la alimentación que faculta a los hombres a flexibilizar su rol en los quehaceres alimentarios”, “la tensión entre tradición y cambio” y “la brecha entre discurso y práctica”.

Esta última tensión resulta especialmente relevante para comprender por qué una representación puede ser cuestionada y, al mismo tiempo, continuar presente en las celebraciones.

“Aunque los jóvenes reconocen la desigualdad, muchos no modifican su comportamiento”, señala la académica. A esto se suma que hombres adultos y mayores pueden ser conscientes de esta situación, pero continuar reproduciendo el rol, fenómeno que el equipo investigador identificó como una “paradoja hermenéutica”.

De esta manera, la figura del parrillero permite mirar las Fiestas Patrias no solo como una celebración, sino también como un espacio donde nada es casual: ni el nombre de la cueca, ni el del terremoto, ni quién prepara el asado.